

Dos ó tres dias despues de esta conversacion, el anciano fué á casa de Julia, á la que halló haciendo los preparativos de un viaje.

—¿Salís de París, señora? le preguntó admirado.

—Sí, respondió ésta; salgo para Holanda; vuestro hijo está ya fuera de peligro, y sólo el cuidado de su salud era lo que me detenía aquí.

—Escuchad, hija mía, dijo el buen caballero tomando la mano de Julia, escuchadme con atencion, y examinad vuestro corazon ántes de contestarme.

Mi hijo os ama más que nunca; si se separó momentáneamente de vos, fué porque el ejemplo de otros jóvenes de su edad le arrastraron á locuras que están muy léjos del amor; pero el amor verdadero de su vida, el amor único, su sólo amor, lo habeis poseído y lo poseis vos; yo hubiera deseado para él, un enlace más ventajoso bajo el punto de vista del nacimiento y de la fortuna, pero veo cuánto os ama, y su dicha es lo que más me interesa en el mundo; yo vengo, pues, á deciros:

—¡Julia, sed la esposa de mi hijo! ¡Sed mi hija querida! ¡Aceptad la posición y el nombre que os hace falta en el mundo!

Julia se inclinó llorando, y besó la mano venerable que tenía asida la suya.

—Señor, dijo tras de algunos minutos de penoso silencio; hace poco tiempo, me hubiera tenido por muy dichosa accediendo á vuestros deseos; y en cuanto á vuestro hijo, aunque ya no le amo, yo hubiera recogido los restos del cariño que le tuve, y hubiera edificado con ellos el edificio de su felicidad; pero hoy es tanta mi desgracia, que no puedo daros ni la más leve esperanza de acceder á una cosa que debía mirar como un supremo bien.

—Esperaba esta contestación, observó el anciano, y no he venido aquí con la certeza de alcanzar fácilmente un sí, sino con el ánimo firme de convencer; ¡dejáos, pues, convencer, Julia! ¡Un anciano, cuya vida es irreprochable, os lo pide; un padre os lo ruega; un hombre de honor os lo suplica por la vida de su hijo!

Y juntando las manos, el pobre padre se dejó caer á los pies de Julia.

—¡Dios mío! exclamó ésta; ¿por qué no me ahorrarais el dolor de apurar tan amargo cáliz? ¿O por qué no me dais valor para apurarlo?

—Dadme el motivo de vuestra negativa, si es posible, continuó el anciano; ¡sépallo yo, al ménos!

—¡Y bien! os lo diré, aunque nada nuevo os haré saber, mi querido señor; yo amo á otro.

—Ese amor pasará como el que teníais á mi hijo, querida Julia; sustituidle por un afecto tranquilo, y este afecto dedicadle á mi hijo.

—Yo no amo ahora como amaba al Marqués, dijo la señorita de Lespinasse con un profundo abatimiento; aquello era el amor de la imaginación; ahora es mi corazón el que ama; el abandono en que me dejaba vuestro hijo, hería mi amor propio; el abandono del hombre á quien amo ahora, me mataría.

Y Julia, al decir estas palabras, alzó al cielo una mirada que se hubiera podido llamar profética.

Reinó el silencio de nuevo; el anciano, con la cabeza inclinada sobre el pecho, meditaba profunda y dolorosamente. Julia permanecía inmóvil; pero de vez en cuando un estremecimiento nervioso agitaba sus bellos hombros y la elevada entrada de su seno.

—¿Sabeis quién es ese hombre? preguntó de repente el padre del Marqués.

—Apénas sé nada de su vida, y no tengo curiosidad alguna por saberlo.

—¿Y le amais?

—Porque le amo tengo miedo de despreciarle.

—Vuestro amor, entónces, ¿no tiene su base en la estimación ni en ninguna de las nobles cualidades que conservan el cariño?

—No, señor.

--¿Por qué le amais?

—Por una fatalidad inexplicable, que rechaza mi razon, que mi reflexion condena.

—¡Ese hombre os ha infamado públicamente! exclamó airado el anciano; ha arrojado inicuaamente vuestro nombre en la mesa de una orgía, rodeada de multitud de cortesanas y de hombres embriagados! ¿No lo sabeis?

—Sí, porque vuestro hijo me lo ha dicho.

—¿Y lo dudais aún?

—No, señor.

—¡Y ese hombre infame os ha engañado despues diciendo que él os habia defendido, y culpando cobardemente á mi hijo, que fué vuestro defensor! ¿No pensais en esto?

—¡No quiero pensar en ello! ¿De qué me serviría?

—De restituiros el sentimiento de vuestra dignidad!

—Es más fuerte mi amor que toda otra consideracion.

--¡Julia, dijo el anciano, hay pasiones que degradan y otras que ennoblecen; la vuestra es de las primeras; ni vuestros amores con D'Alembert, ni los que habeis tenido con mi hijo os han hecho perder la consideracion de cierto círculo; pero vuestros amores de hoy, vuestra ceguedad, os darán muy amargo fruto! ¡Ese hombre, en vez de protegerla y honrarla, rebaja y difama á una mujer! ¡Ese hombre os tratará

mal, y os pondrá en el número de las cortesanas! ¡Ese hombre no os ama ni es capaz de amar!

Julia guardó un triste silencio

—¡Pobre mujer, prosiguió el anciano; si tuviérais veinte años, aún podriais esperar en el porvenir! ¡Pero dar ahora las primicias de vuestro corazon á ese hombre, es lo mismo que buscaros la muerte! ¡Oh, qué fatalmente habeis colocado vuestro último amor! ¡Qué mal haceis en no asiros á la mano salvadora que os tiendo!

—Lo sé, y lo lloro más de lo que vos podeis pensar, dijo Julia con abatimiento.

—Sacudid, pues, ese marasmo mortal, ¡pobre hija mia! exclamó el anciano; ¡pensad! ¡Batallad con vos misma! ¡Dad oidos á la razon! ¡El vencerse á sí propio, es la más grande y la más gloriosa de las victorias! Luchad, y acaso la alcanzareis.

Julia repitió su triste ademan de desaliento.

El anciano caballero, impacientado ya por aquella resistencia pasiva, pero más hiriente para su orgullo que los más ciegos arrebatos, sintió que la cólera rugía en su alma, y que montaba hasta su frente en nubes de sangre.

—Voy dejando de compadeceros, exclamó sordamente, y no quisiera salir de aquí despreciándoos; ¿No sabreis darme, á lo ménos, alguna esperanza?

—¡No puedo!

--¡Mirad que os la pido, ménos que por mi hijo,

por disculpar el que os haya amado! ¿Por qué os empeñais en descender á mis ojos?

—Más descenderé si miento.

—¿Teneis la seguridad de amar siempre á ese hombre? ¡Responded!

—¡Desgraciadamente, sí!

—¿No variareis nunca? Hablad con la mano puesta en el corazón.

—Puedo responder de él.

—¡Pues bien! exclamó el anciano caballero levantándose iracundo; escuchad lo que os predigo; ¡vos quitais la vida á mi hijo! ¡Vos le precipitais en el sepulcro! ¡Pero á vuestra vez, perdereis en ese amor maldito los restos de vuestro honor, y vuestra existencia, sí! ¡Ese hombre os matará á fuerza de penas, á fuerza de desprecios!

—¡Tal vez tengais razon! dijo Julia; pero yo os suplico que, en vez de culparme, me compadezcáis!

—¡Julia! ¡Hija mia, exclamó el anciano volviendo á su acento suplicante, yo os compadezco, sí! ¡Mi corazón se quebranta al pensar en la dicha que perdeis y en la que nos quitais á mi hijo y á mí! ¡Mirad, allá en una de las provincias de España, en una tierra llena de luz y de flores, está el castillo de nuestros mayores, rodeado de bosques frondosos, de viñedos y de jardines! ¡Aquel cielo azul está siempre bañado con la luz dorada del sol! ¡Bulliciosas y claras fuentes saltan entre grandes calles de álamos

y de encinas; la luna parece siempre límpida y serena, y la naturaleza prodiga por todas partes sus ricos y variados frutos! ¡Y luego en el interior del palacio, hallareis por todas partes objetos que os hagan amar la vida; las imágenes de mis antepasados os sonreirán cuando entreis allí, y sereis la soberana de mis numerosos vasallos, y de mi dilatada servidumbre! ¡Mi hijo, y yo mismo, os adoraremos y no tendremos otro pensamiento, otro afán, otra esperanza que amaros! ¡Julia, venid con nosotros!

—¡Oh, dejadme ya! ¡Por piedad, dejadme, señor! exclamó Julia sollozando, ¡cuanto más me insta vuestra generosidad, tengo que parecer más ingrata á vuestros ojos! ¡Hoy salgo para Holanda!

—¿Rehusais?

—¡Es preciso! ¡Os estimo demasiado para engañaros... yo amo á ese hombre con el primero, con el único, con el último amor de mi vida! ¡Quizá esto será leve, y mi fatal pasión me abrirá el sepulcro! ¿Pero, cómo huir de mi destino? Yo doblo la cabeza y me resigno.

—¡No, no es el destino, como impiamente decís, lo que os empuja hácia ese hombre! exclamó el anciano levantándose con ira; ¡sois vos! ¡Vos la que correis á vuestra perdición! ¡Se os alarga una mano salvadora, y la rechazais! ¡Os ofrezco un nombre, una posición honrosa, el afecto salvador de un esposo, y todo lo rechazais! ¡Hora llegará en que lloreis

lo que ahora haceis...! Adios, continuó el anciano; ¡mi hijo morirá! ¡Pero vos morireis tambien, víctima de esa pasion indigna!

Salió el anciano, dichas estas palabras; la pobre Julia quedó, durante algunos instantes, muda é inmóvil, con las manos cruzadas sobre las rodillas; despues meció la cabeza como para sacudir los pensamientos que la asediaban, y llamó á su doncella, encargándole que apresurase los preparativos del viaje.

## XXVI.

El marqués de Mora salió para Madrid con su padre casi á la misma hora en que Julia Lés-pinasse salia para Holanda.

Incapaz de hacerse superior á aquella pasion fatal, iba sumido en tan completo abatimiento, que le tenia como sumergido en un sueño profundo.

Al volver su padre de casa de Julia, le habia dicho estas solas palabras:

—Esta noche salimos para Madrid.

El Marqués alzó los ojos hasta el rostro del anciano, y éste le abrió los brazos, confundiendo largo rato sus lágrimas, con las de aquel amigo generoso que, al abrir los ojos á la luz, habia hallado apoyado en su cuna y le acompañaba al sepulcro.

Al llegar á Madrid, el Marqués se sintió tan enfermo y abatido, que hubo necesidad de llamar á los médicos, quienes ordenaron que se acostara.

En vano su padre puso por obra cuantos recursos pueden hallar el amor y la riqueza reunidos; el Marqués se preparó á morir.

Los lazos que le habian unido á Julia eran tan fuertes que, al romperse, habian roto el hilo de su vida; una agonia de un mes le precipitó en el sepulcro y murió con el nombre de Julia entre los labios.

Ante el cadáver de su único hijo, el anciano padre escribió estas únicas palabras, que dirigió á Julia en París.

—«¡Ha muerto! ¡Temblad por vos! ¡Dios es justo!»

Julia recibió este billete hallándose ya de vuelta en París; al llegar á Holanda, no halló ya á su amante. Mr. Guiber habia salido para Inglaterra con una actriz de muy poco mérito.

Julia se informó, y lo supo; supo tambien á qué calle habia ido á parar Mr. de Guibert en Lóndres y le escribió una carta llena de dolor y de ternura.

Entónces empezó la correspondencia que ha hecho inmortal el nombre de Julia Lespinasse. Ernesto le contestó diciéndole, que le habian calumniado y que se volviese á París, donde él se le reuniría muy pronto y se justificaria á sus ojos.

Julia obedeció, y esperó.

En efecto, Mr. Guibert no tardó en dejar su conquista para reunirse á Julia; sin amar á aquella mujer, porque su naturaleza, á la vez grosera y vursátil, no era capaz de comprender el amor, sentia por ella alguna cosa desconocida para él hasta entónces; era acaso el sentimiento de su vanidad, que se veia

halagada con la pasion que habia logrado inspirar á aquella mujer superior.

Pocos dias permaneció al lado de Julia; el edicto contra los desafios existia siempre terrible y amenazante; aquellos dias, apénas salió de casa y se dedicó por completo á enloquecer á la pobre mujer que le adoraba con tanta ceguedad.

—¿Por qué me quieres? la preguntaba él algunas veces.

—¡No lo sé! respondia Julia ingénuamente: he visto algunos hombres que valian tanto ó más que tú, y que no han logrado inspirarme amor; te amo porque ese es mi destino.

Por una particularidad extraordinaria, Ernesto, amaba más las cartas de Julia, que á la misma Julia; delante de ella, su inferioridad era tan notable, que él mismo sentia su peso; las cartas que ella le dedicaba, le enaltencian á sus propios ojos.

En fin, al cabo de algunas semanas, volvió á salir de París y se fué á M... donde María le esperaba con toda la impaciencia de su cándido amor.

Algunos dias despues de su salida, la señorita de Vichy, que ignoraba cuanto habia sucedido entre su madre y Julia, escribió á ésta una afectuosa carta, que terminaba así:

«No quiero dejaros, mi querida amiga, sin deciros que soy feliz; completamente feliz; Ernesto, que me habia olvidado, al parecer, á causa de los disgustos

que le habia proporcionado su desafío, ha vuelto más enamorado que nunca; ¡si supiérais de qué atenciones me rodea! ¡Cómo me mira, cómo me escucha! ¡Y, este es el verdadero amor, y yo estoy orgullosa de haberlo inspirado!

«Mi madre está muy enojada con él, y dice que, si no fija pronto el día de nuestro casamiento, va á prohibirle la entrada en casa; ¡ya veis si es injusta.»

Por el mismo correo recibió la señorita de Lespinasse otra carta de Ernesto, que decia así en su primer párrafo:

«Pienso, Julia mía, que no crearás una sola palabra de todas las tonterías que te escriba esta niña, cuya candidez empalagosa me fatiga; he debido venir para deshacer el proyecto de mi boda, y porque necesitaba ver á mis parientes; ¿no confias en mí? ¿No sabes que te amo con todo mi corazón? Dime que sí lo sabes; que no dudas de mi amor, y que á tu vez, me amas siempre.»

Julia respondió á esta carta con aquel profundo sentimiento, con aquella ternura elocuente, que daba á su pluma tan mágico poderío.

«Mi razón, decia á Ernesto, condena que hayas ido al lado de la mujer á quien habias elegido por esposa; si me amas á mí, la sombra de mi amor debe interponerse entre esa pobre niña y tú; además, ¿á qué engañarla? ¿Qué te ha hecho? En tu conducta veo más que inconsecuencia, veo perversidad de corazón;

si la amas, olvídame; cortemos el hilo de este amor, que es para tí un estorbo en el camino de la vida y para mí un manantial de dolores; tu recuerdo no se apagará jamás en mi corazón, y me despediré para siempre del amor; ya no soy joven, Ernesto! Los postreros reflejos de la pasión iluminarán el último tercio de mi vida, como una luz radiosa y dorada; yo no te culparé ni de abandono ni de ingratitud; manchada me encontraste, y nada has añadido de amargura al triste destino que he debido al cielo; pero créeme; ¡es para mí más amargo el pensar que estás engañando á esa pobre niña, que el saber que soy yo la engañada.»

Ernesto no respondió á esta carta, manifestándose á la vez ofendido y desdeñoso.

Julia, que, aun sin confesárselo á sí misma, esperaba que la tranquilizase y que le dijese que renunciaba por completo á la mano de Maria, cayó en una tristeza tan profunda, que Páula, su camarera, y entonces la única persona que verdaderamente la amaba, llegó á temer por su vida.

Aquel silencio, que no rompía ni una sola palabra del hombre que amaba tan locamente, la envolvía como un sudario, la mataba; pasaba las noches paseándose por su cuarto y sin dormir un sólo instante; no podia tomar alimento alguno, y muchas veces hablaba sola como una sonámbula.

Por fin llegó un día, en el que, no pudiendo resis-

tir más á su tormento, tomó la pluma y escribió á Ernesto, pidiéndole una palabra de consuelo, una señal de interés.

Tal rebajamiento del orgullo y de la dignidad sólo tienen explicacion en un amor inmenso; y no deben achacarse á una alma venal, si se recuerda con qué heroica constancia rechazó Julia una corona de marquesa, y el título glorioso de esposa de D' Alembert, sólo porque no amaba á quien se lo ofrecia.

Mr. Gaiber respondió á Julia con una carta apasionada; no queria ni pensar en una ruptura, pues aquella pasion halagaba su vanidad, y hubiera pagado cada una de las cartas de Julia, con un sacrificio, á ser esto preciso para poseerlas; le daba esperanzas de ir muy pronto á París, y le decia que habia tenido una entrevista con la Presidenta, en la que le habia dicho que renunciaba á la mano de su hija; le aseguraba que no salia inmediatamente de M... por el mal estado de salud de su anciana tia; pero que muy en breve podria hacerlo, pues gracias á los esfuerzos de la Presidenta y de sus amigos, estaba salvado todo el peligro á que le exponia su lance con el Marqués.

Julia creyó, al leer esta carta, que caia sobre su corazon un celestial rocío.

El estilo era hinchado, altisonante, casi ridículo; pero su amor lo embellecia todo, porque este es el inmenso poder del amor verdadero.

Al dia siguiente de escribir esta carta, llegó otra de M...; la letra era de Maria.

Julia tembló sin saber por qué; abrió la misiva con mano trémula, y leyó:

«Amiga mia; acabo de casarme con Ernesto; soy dichosa y os abrazo.»

Julia lanzó un horrible grito, y cayó al suelo yerta, sin color, y sin voz.